

muralla que circundaba la ciudad de Coatlíchan. Quisiera que mis compatriotas preservasen aquellos pocos restos de la arquitectura militar de los Mexicanos, ya que han dejado perecer tantos vestigios preciosos de su antigüedad.¹

La corte de Méxiao, fuerte ya en aquellos tiempos por su posición, se hizo inexpugnable á sus enemigos por la industria de sus habitantes. No se podía entrar en la ciudad, sino por los caminos construidos sobre el lago; y para que fuera más difícil en tiempo de guerra, habían construido muchos baluartes en el mismo camino, y abierto muchos fosos profundos, con puentes levadizos y trincheras para su defensa. Estos fueron los sepulcros de tantos españoles y tlaxcaltecas en la terrible noche del 1º de Julio, de que despues hablaremos, y los que tanto retardaron la reducción de aquella gran ciudad, á un ejército tan numeroso y tan bien armado como el que Cortés empleó en su asedio. Mayor hubiera sido la tardanza y más caro le hubiera costado el triunfo, si los bergantines no hubieran favorecido tan eficazmente sus operaciones. Para defender por agua la ciudad necesitaban de millares de barcas y muchas veces se ejercitaban en aquel género de combates.

Pero las fortificaciones más extraordinarias de México eran los templos de sus dioses, y particularmente el mayor, que parecía una ciudadela. La muralla que circundaba todo el recinto, las cinco armerías, provistas siempre de toda clase de armas ofensivas y defensivas, y la misma arquitectura del templo que hacia tan difícil la subida, dan claramente á entender, que en aquella fábrica no tenia ménos interés la política que la religión, y que al construirla, no se pensaba tanto en el culto de los dioses como en la defensa de los hogares. Nos consta por la Historia que se fortificaban en los templos, cuando no podían impedir á los enemigos la entrada en las ciudades, y desde allí los molestaban con flechas, con dardos y con piedras. En el libro último de esta Historia, veremos cuánto costó á los españoles la toma del templo mayor, donde se habían fortificado quinientos nobles Mexicanos.

CAMPOS Y HUERTOS FLOTANTES EN EL LAGO DE MÉXICO.

El alto aprecio en que aquellos pueblos tenían la profesión de las armas, no los distraía del ejercicio de las artes útiles. La agricultura, que es una de las principales ocupaciones de la vida civil, fué practicada de tiempo inmemorial por los Mexicanos y por casi todas las naciones de Anáhuac. Los Toltecas se aplicaron á ella con el mayor esmero y la enseñaron á los Chichimecas, que eran cazadores. En cuanto á los Mexicanos, sabemos que en toda la larga romería que hicieron desde su patria, Aztlan, hasta el lago, donde fundaron á México, labraron la tierra en todos los puntos donde se detenían, y vivían de sus cosechas. Vencidos despues por los Colhuas y por los Tepanecas, y reducidos á las miserables islillas del lago, cesaron por algunos años de cultivar la tierra, porque no la tenían, hasta que doctrinados por la necesidad é impulsados por la industria, formaron campos y huertos flotantes sobre las mismas aguas del lago. El modo que tuvieron entónces de hacerlo y que aún en el día conservan, es bastante sencillo. Hacen un tejido de varas y raíces de algunas plantas acuá-

¹ Estas escasas noticias de aquellos restos de la antigüedad mexicana, recogidas de testigos oculares y dignos de toda fé, me hacen creer que hay otros muchos, de los cuales no se tiene noticia, por la negligencia de mis compatriotas. Véase lo que digo acerca de este punto en mis Disertaciones, combatiendo la opinión del Dr. Robertson.

ticas y de otras materias leves, pero capaces de sostener unida la tierra del huerto. Sobre este fundamento colocan ramas ligeras de aquellas mismas plantas, y encima el fango que sacan del fondo del lago. La figura ordinaria es cuadrilonga: las dimensiones varían; pero por lo comun son, si no me engaño, ocho toesas, poco más ó ménos, de largo, tres de ancho y ménos de un pié de elevación sobre la superficie del agua. Estos fueron los primeros campos que tuvieron los Mexicanos despues de la fundación de su ciudad, y en ellos cultivaban el maíz, el chile y todas las otras plantas necesarias á su sustento. Habiéndose despues multiplicado excesivamente aquellos campos movibles, los hubo también para jardines de flores y de yerbas aromáticas, que se empleaban en el culto de los dioses y en el recreo de los magnates. Ahora solo se cultivan en ellos flores y toda clase de hortalizas. Todos los días del año, al salir el sol, se ven llegar por el canal á la gran plaza de aquella capital, innumerables barcos cargados de muchas especies de flores y otros vegetales criados en aquellos huertos. En ellos prosperan todas las plantas maravillosamente, porque el fango del lago es fertilísimo y no necesita del agua del cielo. En los huertos mayores suele haber arbustos, y aun una cabaña para preservarse el dueño, del sol y de la lluvia. Cuando el amo de un huerto, ó como dicen, de una *chinampa*, quiere pasar á otro sitio, ó por alejarse de un vecino perjudicial, ó para aproximarse á su familia, se pone en su barca, y con ella sola, si el huerto es pequeño, ó con el auxilio de otra si es grande, lo tira á remolque y lo conduce á donde quiere. La parte del lago donde están estos jardines, es un sitio de recreo donde los sentidos gozan del más suave de los placeres.

MODO DE CULTIVAR LA TIERRA.

Despues que los Mexicanos sacudieron el yugo de los Tepanecas, empezaron con sus conquistas á adquirir tierras de labor y se aplicaron con extraordinaria diligencia á la agricultura. No teniendo ni arados, ni bueyes, ni otros animales que emplear en el cultivo de la tierra, suplían su falta con la fatiga y con algunos sencillos instrumentos. Para cavar ó menear la tierra, se servían del *coatl*, ó *coa*, instrumento de cobre con el mango de madera, pero muy diferente de la azada y del azadon. Para cortar los árboles empleaban una hoz ó segur, también de cobre, de la misma forma que la nuestra, con un ojo ó anillo del mismo metal en que se encajaba el mango de madera. Tenían sin duda otros instrumentos rurales; pero el descuido de los escritores antiguos nos ha privado de los datos necesarios para describirlos.

Para regar los campos se servían de las aguas de los ríos y de acequias que bajaban de los montes, con diques para detener el agua y conductos para dirigirla. En los sitios altos y en las pendientes de los montes, no sembraban todos los años, sino que dejaban reposar la tierra hasta que se cubriese de yerbas, para quemarlas y reemplazar con sus cenizas las sales arrebatadas por las lluvias. Cercaban los campos con tapias de piedra, ó con vallados de maguey, que son excelentes para aquel objeto, y en el mes de *Panquetzaliztli*, que empezaba, como hemos dicho, en 3 de Diciembre, los reparaban, si era necesario.

El modo que entónces tenían y aun conservan ahora en algunas partes, de sembrar el maíz, era como sigue: hace el sembrador un pequeño agujero en la tierra con la punta de un baston endurecida al fuego, y echa en él uno ó dos granos de maíz, de una espuerta que le cuelga al hombro y lo cubre con un

poco de tierra, sirviéndose de sus piés para esta operacion. Pasa adelante, y á cierta distancia, que varia segun el terreno, abre otro agujero, y así continúa en línea recta hasta el término del campo, y de allí vuelve, formando otra línea paralela á la primera. Estas líneas son tan derechas como si se hubieran hecho á cuerda, y la distancia de una á otra planta tan igual, como si se hubiera empleado un compas ó medida. Este modo de sembrar, apénas usado en el día por algunos indios, aunque lento, es muy ventajoso, ¹ porque proporciona con exactitud la cantidad del grano á las fuerzas del terreno, y no ocasiona además el menor desperdicio de semilla. En efecto, los campos cultivados de aquel modo, dan cosechas abundantes. Cuando la planta llega á cierta elevacion, le cubren el pié con un monton de tierra, para que tenga más jugos y pueda resistir al viento.

Las mujeres ayudaban á los hombres en las fatigas del campo. A los hombres tocaba cavar y preparar la tierra, sembrar y cubrir las plantas, y segar: á las mujeres deshojar las mazorcas y limpiar el grano. Aquellos y éstas se empleaban igualmente en escardar y desgranar.

ERAS Y GRANEROS.

Tenian eras para deshojar y desgranar las mazorcas, y graneros para guardar el grano. Estos eran cuadrados y por lo comun de madera. Servianse para esto del *oyametil*, árbol altísimo de pocas ramas, y éstas muy delgadas, de corteza ténue y lisa, y de contestura flexible, pero difícil de romperse y rajarse. Formaban el granero disponiendo en cuadro, unos sobre otros, los troncos redondos é iguales del *oyametil*, sin otra trabazon que una especie de horquilla en su extremidad, para ajustarlos y unirlos tan perfectamente, que no dejasen paso á la luz. Cuando llegaban á cierta altura los cubrian con otra trabazon de pinos, y sobre ella construian el techo, para defender el grano de la lluvia. Estos graneros no tenian otra salida que dos solas ventanas: una pequeña en la parte inferior, y otra grande en la superior. Los habia tan espaciosos, que podian contener cinco ó seis mil, y aun más fanegas de maíz. Hay todavía de estos graneros en algunos puntos distantes de la capital, y entre ellos algunos tan antiguos, que parecen contruidos ántes de la conquista, y segun me ha dicho un agricultor inteligente, en ellos se conserva mucho mejor el grano, que en los que se acostumbra hacer al uso de Europa.

Cerca de los sembrados solian hácer unas torrecillas de madera, ramas y esteras, en las que un hombre, al abrigo del sol y de la lluvia, estaba de guardia, y echaba con la honda á los pájaros que acudian á comer el grano. Aun se usan estos sombrajos en los campos de los españoles, por causa de la abundancia de pájaros que hay en aquellos países.

HUERTOS, JARDINES Y BOSQUES.

Los Mexicanos eran muy dados á la cultura de los huertos y jardines, en los que plantaban con buen orden árboles frutales, plantas medicinales y flores de que hacian gran uso, no solo por la gran afición que les tenian, sino por la costumbre nacional de presentar ramilletes á los reyes, señores y embajadores,

¹ La lentitud no es tanta como parece; pues los labradores acostumbrados á aquel ejercicio, lo hacen con admirable velocidad.

además de la excesiva cantidad de ellas que se consumía, tanto en los templos como en los oratorios privados. Entre los huertos y jardines antiguos, de que se conserva memoria, eran muy célebres los jardines reales de México y Texcoco, de que ya hemos hecho mencion, y los de los señores de Iztapalapan y Huaxtepec. Uno de los pertenecientes al señor de Iztapalapan llenó de admiracion á los conquistadores españoles, por su grandeza, su disposicion y su hermosura. Estos jardines estaban divididos en cuadros, y en ellos se sembraban diferentes especies de plantas, dando no ménos placer al olfato que á la vista. Entre los cuadros habia calles formadas, las unas de árboles frutales, las otras de espaleras de flores y plantas aromáticas. El terreno estaba cortado de canales, cuya agua venia del lago, y en uno de los cuales podian navegar canoas. En el centro del jardín habia un estanque cuadrado, tan grande, que tenia mil y seiscientos piés de circuito, ó sea cuatrocientos de cada lado, donde vivian innumerables pájaros acuáticos, y en los lados habia escalones para bajar al fondo. Este jardín, de que hacen mencion, como testigos oculares, Cortés y Diaz, fué plantado, ó mejorado á lo ménos, por Cuitlahuatzin, hermano y sucesor de Moteuczoma II. En él hizo plantar muchos árboles exóticos, como lo testifica el Dr. Hernandez, que los vió.

Mayor y más célebre que el de Iztapalapan fué el jardín de Huaxtepec. Tenia seis millas de circuito, y por en medio de él pasaba un río que lo regaba. Habia plantadas, con buen orden y simetría, innumerables especies de árboles y plantas deliciosas, y de trecho en trecho muchas casas llenas de primores y preciosidades. Entre las plantas se veian muchas que se habian traído de países remotísimos. Conservaron por muchos años los españoles esta bella hacienda, y en ella cultivaron toda especie de yerbas medicinales convenientes al clima, para el uso del hospital que en ella habian fundado, y en que sirvió muchos años el admirable anacoreta Gregorio López. ¹

Ni cuidaban con menor celo de la conservacion de los bosques, que suministraban leña para quemar, madera de construccion y caza para el recreo del monarca. Ya he hablado de los bosques de Moteuczoma, y las ordenanzas de montes de Nezahualcoyotl. ¡Ojalá subsistiesen aquellas leyes, ó á lo ménos, ojalá no hubiera tanta libertad de cortar árboles, sin necesidad de reponerlos! porque muchos, prefiriendo su utilidad privada al bien público, destruyen sin necesidad el arbolado para ensanchar sus tierras de labor. ²

PLANTAS CULTIVADAS POR LOS MEXICANOS.

Las plantas que más comunmente cultivaban los Mexicanos, además del maíz, eran el algodón, el cacao, el *metl* ó maguey, la chia y el pimiento, todas las cuales les daban grandes utilidades. El maguey suministraba por sí solo

¹ Cortés en su carta á Carlos V, del 15 de Mayo de 1522, le dice que el jardín de Huaxtepec era el mayor, el más bello y el más delicioso que habia visto en su vida. Bernal Diaz asegura que era maravilloso y digno de un príncipe. Hernandez lo menciona muchas veces en su Historia Natural, y nombra algunas plantas que en él se criaban, especialmente el árbol del bálsamo. El mismo Cortés, en otra carta, refiere que habiendo rogado á Moteuczoma mandase hacer en Malinaltepec una casa de campo para Carlos V, apénas pasaron dos meses, cuando ya se habian construido en aquel punto cuatro buenas casas; sembrado sesenta fanegas de maíz y diez de judías; plantado dos mil piés de cacao, y abierto un gran estanque, donde se criaban quinientos patos, así como en las casas mil y quinientos pavos.

² En muchos pueblos se deploran ya los perniciosos efectos de la libertad de cortar árboles. La ciudad de Querétaro se proveía ántes de la madera necesaria, en el bosque inmediato al monte *Cimatarío*: hoy es menester ir mucho más lejos, por estar aquel monte enteramente desnudo.

casi todo lo necesario para la vida de los pobres. Además de servir de excelente cercado para las sementeras, su tronco se empleaba en los techos de las chozas, como vigas, y sus hojas como tejas. De estas hojas sacaban papel, hilo, agujas, vestido, calzado y cuerdas, y de su abundantísimo jugo hacían vino, miel, azúcar y vinagre. Del tronco y de la parte más gruesa de las hojas, cocidos debajo de tierra, sacaban un manjar agradable. En aquella planta tenían, finalmente, un eficaz remedio para muchos males, y especialmente para los de la orina. Aun en el día es uno de los productos más apreciables y más ventajosos á los españoles, como después veremos.

CRIA DE ANIMALES.

Aunque los Mexicanos no conocían el ramo del pastoreo, accesorio de la agricultura, por carecer enteramente de rebaños, criaban en sus casas innumerables especies de animales desconocidos en Europa. Los sugetos particulares tenían *techichis*, cuadrúpedos semejantes, como ya hemos dicho, á los perros de Europa; pavos, codornices, ánades, patos y otras especies de pájaros: los ricos y señores, además de las aves, peces, ciervos y conejos; y en las casas reales se veían casi todos los cuadrúpedos y animales volátiles de aquellos países, y muchos de los acuáticos y reptiles. Puede decirse que Moteuczoma II sobrepujó en esta clase de magnificencia á todos los reyes del mundo, y que no ha habido nación comparable á la mexicana en la destreza con que sus individuos sabían cuidar tantos animales diferentes, y en el conocimiento de sus inclinaciones, del alimento que á cada uno convenía, y de los medios más oportunos de mantenerlos y propagarlos.

Entre los animales que los Mexicanos criaban, ninguno es más digno de atención que el *nochistli*, ó cochinilla mexicana, descrita en el primer libro de esta obra. Este insecto, tan apreciado en Europa por su uso en los tintes, siendo por una parte tan delicado y por otra tan expuesto á los ataques de muchas clases de enemigos, requiere en su crianza mucho mayor cuidado que la de los gusanos de seda. Hácenle igualmente daño la lluvia, el frío y el viento. Los pájaros, los ratones, los gusanos y otros animales lo persiguen con furia, y lo devoran: de modo que es necesario tener siempre limpias las plantas de opuncia ó nopal en que los insectos se crían, alejar continuamente á los pájaros dañinos, hacer nidos de heno en las hojas de la planta, de cuyo jugo se nutre la cochinilla, y quitarla de ella, juntamente con las hojas, cuando viene la estación de las lluvias, para custodiársela en las habitaciones. Las hembras, ántes de parir, mudan de piel, y para quitarles este despojo es preciso valerse de la cola del conejo, manejándola con mucha delicadeza, á fin de no quitar al insecto de la hoja, ni hacerle daño. En cada hoja hacen tres nidos, y en cada uno ponen quince cochinillas. Cada año hacen tres cosechas, reservando en cada una cierto número de insectos para la generación futura. La última cosecha es la ménos estimada, porque la cochinilla es más pequeña y va mezclada con raspaduras de nopal. Matan comunmente al insecto en agua caliente, pero la calidad del color depende del modo de secarlo. La mejor es la que se seca al sol. Algunos la secan en el *comalli*, ó tortera en que cuecen el pan de maíz, y otros en el *temazcalli*, ó hipocausto, de que después hablaremos.

CAZA DE LOS MEXICANOS.

No hubieran podido los Mexicanos reunir tantas especies de animales, á no haber sido diestrísimos en el ejercicio de la caza. Servíanse del arco y flechas, de dardos, de redes, de lazos y de cerbatanas. Las cerbatanas que usaban los reyes y los magnates, estaban curiosamente labradas y pintadas, y aun guardadas de oro y plata. Además de la caza que hacían los particulares, para proveerse de viveres, ó para su diversión, hacían otras generales y extraordinarias, ó prescritas por los reyes, ó establecidas por costumbre, para proporcionarse las víctimas que habían de sacrificarse. Para ésta se escogía un gran bosque y por lo común era el de Zacatepec, que estaba poco distante de la capital, y en él se señalaba el sitio más oportuno para tender los lazos y las redes. Hacían entre muchos millares de cazadores, un gran cerco al bosque, á lo ménos de seis ú ocho millas de circunferencia, según el número de animales que deseaban coger; pegaban fuego por diferentes puntos al bosque, y hacían al mismo tiempo un rumor espantoso de tamboriles, cornetas, gritos y silbidos. Los animales, espantados del fuego y del ruido, huían hácia el centro del bosque, donde estaban preparados los lazos. Los cazadores se encaminaban al mismo sitio, y continuando siempre el rumor, estrechaban el círculo, hasta dejar un pequeñísimo espacio á los animales. Entónces los atacaban todos con las armas que llevaban apercebidas. De los animales, unos morían y otros caían vivos en las redes y lazos, ó en las manos de los cazadores. Tan grande era la muchedumbre y variedad de animales que se cazaban, que habiéndolo oído decir el primer virrey de México, y no pareciéndole creíble, quiso hacer por sí mismo la experiencia. Señalóse para la caza la llanura que está en el país de los Otomites, entre los pueblos de Xilotepec y San Juan del Río, y se dispuso que los indios la hiciesen del mismo modo que en el tiempo de su gentilismo. El mismo virrey pasó á la llanura con gran séquito de españoles, para cuyo alojamiento se habían dispuesto algunas casas de madera. Once mil Otomites formaron un cerco de más de quince millas de circunferencia; y hechas todas las operaciones que hemos descrito, resultó tanta caza en la llanura, que maravillado el rey, mandó dar libertad á una gran parte de los animales que se habían cogido, y sin embargo, fueron tantos los que quedaron, que parecería inverosímil su número, si no hubiera sido un hecho público y probado por el dicho de muchos testigos, y entre ellos uno digno de todo crédito.¹ Se mataron más de seiscientos piezas entre ciervos y cabras monteses, más de cien coyotes, y un número extraordinario de liebres, conejos y otros cuadrúpedos. Hasta ahora conserva aquel sitio el nombre español del *Cazadero*, que entónces se le dió.

Además del modo ordinario de cazar, tenían otros particulares y proporcionados á la naturaleza de los animales. Para cazar monos, hacían fuego en el bosque y ponían entre las brasas una piedra llamada por ellos *cacalotetl* (piedra negra, ó del cuervo), la cual tiene la propiedad de estallar con gran estrépito cuando está bien inflamada. Cubrían el fuego con tierra y esparcían en torno un poco de maíz. Acudían atraídas por el grano las monas, con sus hijos en brazos, y mientras estaban tranquilamente comiendo, estallaba la piedra. Entónces echaban á correr despavoridas, dejando á sus hijos en el peligro, y

¹ El P. Toribio de Benavente, ó sea Motolinia.

los cazadores que estaban en acecho, los tomaban ántes que volviesen por ellos las madres.

Tambien es curioso el modo que tenían, y aun tienen, de cazar patos. Hay en los lagos del valle y en otros del reino, una multitud prodigiosa de patos, ánades y otros pájaros acuáticos. Dejaban los Mexicanos nadar en las aguas, á que ellos acudian, algunas calabazas vacías, para que acostumbándose á su vista, se acercasen á ellas sin temor. Entraba el cazador en el agua, ocultando todo el cuerpo debajo de ella, y cubierta la cabeza con otra calabaza vacía; el pato se acercaba para picarla, y él lo cogía por los piés y lo ahogaba. De este modo cazaba cuantos podía llevar.

Cogian vivas á las culebras, ó atrayéndolas con gran destreza, ó atacándolas intrépidamente, cogiéndolas por el cuello con una mano y cosiéndoles la boca con otra. Todavía se sirven de este género de caza, y continuamente se ven en las boticas de las ciudades, muchas culebras vivas cogidas de aquel modo.

Mas nada es tan maravilloso como su tino en seguir las fieras por la huella. Aunque no dejen traza ninguna en la tierra por estar ésta cubierta de yerba, ó de las hojas secas que caen de los árboles, pueden sin embargo seguirlas, especialmente si están heridas, observando atentísimamente ó las gotas de sangre que dejan en las hojas, ó la yerba que han pisado y abatido.¹

PESCA.

Más que á la caza eran aficionados los Mexicanos á la pesca, de resultas de la situación de su capital y de la proximidad del lago de Chalco, tan abundante en peces. En este ejercicio se emplearon desde su llegada al país, y con la pesca se proveían de todo cuanto necesitaban. Los instrumentos de que más frecuentemente se servían, eran la red, el anzuelo, la nasa y otros.

Cogian los cocodrilos de dos diferentes modos. El uno era enlazándolos por el cuello, y este era el más comun, segun dice el Dr. Hernandez, aunque no explica la manera de ejecutar una accion tan arrojada contra tan terrible animal. El otro modo, que aún está en práctica, es el mismo de que se servían los egipcios contra los célebres cocodrilos del Nilo. Presentábase el pescador, llevando en la mano un baston fuerte, cuyas dos puntas eran agudísimas. Cuando la béstia abría la boca para devorarlo, le metía el baston en la boca, y yendo á cerrarla el cocodrilo, quedaba clavado por las dos puntas. El pescador aguardaba que se debilitase con la pérdida de sangre, y le daba muerte.

COMERCIO.

La pesca, la caza, la agricultura y las artes, suministraban á los Mexicanos otros tantos ramos de comercio. Empezaron á practicarlo en el país de Anáhuac, desde su establecimiento en las islas del lago de Texcoco. Con el pescado, y con las esteras que hacían de los juncos del lago, compraban el maíz, el algodón, la piedra, la cal y la madera de que necesitaban para su subsistencia, ropa y habitaciones. A medida que se engrandecían con las armas, aumen-

¹ Aun es más maravilloso lo que se ve en los Taraumaras, en los Opatas y en otros pueblos de más allá del trópico; pues por la observacion de las pisadas de sus enemigos los Apaches, conocen el tiempo de su tránsito. Lo mismo se refiere de los Yucatecos.

taban y ampliaban el comercio: así que, limitado éste al principio á los alrededores de la ciudad, se extendió despues á las provincias más remotas. Había infinitos traficantes mexicanos que iban continuamente de ciudad en ciudad, comprando géneros en una, y vendiéndolos en otra.

En todos los pueblos del imperio mexicano y del vasto país de Anáhuac, había mercado diario, pero de cinco en cinco dias tenían uno general. Los pueblos poco distantes entre sí, celebraban este gran mercado en diferentes dias, para no perjudicarse unos á otros; pero en la capital se tenía en los dias de la casa, del conejo, de la caña y del pedernal, que en el primer año del siglo eran el tercero, el octavo, el décimotercio y el décimooctavo de cada mes.

Para dar una idea de estos mercados ó ferias, tan célebres en los escritos de los historiadores mexicanos, bastará decir algo del de la capital. Este, hasta los tiempos de Axayacatl, se había hecho en la plaza que estaba delante del palacio del rey; pero despues de la conquista de Tlatelolco, se trasportó á este barrio. La plaza de Tlatelolco era, segun dice Cortés, dos veces mayor que la de Salamanca, una de las más hermosas de España,¹ cuadrada y rodeada de pórticos, para comodidad de los traficantes. Cada especie de mercancía se vendía en un sitio señalado por los jueces del comercio. En uno estaban las pedrerías y las alhajas de oro y plata, en otro los tejidos de algodón, en otro las labores de plumas, y así los demás, no siendo lícito vender unos géneros en los puestos destinados á otros. Como en la plaza, aunque grande, no podían colocarse todas las mercancías sin estorbar el paso y la circulacion, se dejaban en el canal ó en las calles inmediatas, las más voluminosas, como las piedras, las vigas y otras semejantes. El número de mercaderes que concurría diariamente al mercado, pasaba, segun Cortés, de cincuenta mil.² Los renglones que allí se vendían y permutaban eran tantos y tan varios, que los historiadores que los vieron, despues de haber hecho de ellos una larga y prolija enumeracion, concluyen diciendo que era imposible comprenderlos todos. Yo, sin apartarme de su relacion, procuraré abrazarlos en pocas palabras, á fin de no causar molestia á los lectores. Iban á venderse ó cambiarse en aquella plaza todas las producciones del imperio mexicano y de los países vecinos, que podían servir á las necesidades de la vida y á la comodidad, al deleite, á la curiosidad y á la vanidad del hombre; innumerables especies de animales muertos y vivos; todas las clases de comestibles de que usaban; todos los metales y piedras preciosas que conocían; todos los simples medicinales, yerbas, gomas, resinas y tierras minerales; todos los medicamentos que sabían preparar, como bebidas, confecciones, aceites, emplastos y unguentos; todo género de manufactura y trabajo de hilo de maguey, de palma silvestre, de algodón, de plumas, de pelo de animales, de madera, de piedra, de oro, de plata y de cobre. Vendíanse tambien esclavos y barcas enteras de estiércol humano para preparar las pieles de los animales. En fin, al mercado se llevaba todo lo que se vendía en la ciudad, pues no había tiendas ni se compraba nada fuera de aquel sitio, si no es los comestibles. Allí concurrían los alfareros y los joyistas de Cholula, los plateros de Azcapozalco, los pintores de Texcoco, los zapateros de Tenayocan,

¹ En tres ediciones de las Cartas de Cortés que he visto, se lee que la plaza de Tlatelolco era dos veces mayor que la ciudad de Salamanca, debiendo decir, que la de la ciudad de Salamanca.

² Aunque Cortés afirma que concurrían diariamente á la plaza de Tlatelolco más de 50,000 personas, parece que debía entenderse del gran mercado de cada cinco dias; pues el conquistador anónimo, que escribe con más individualidad, dice que la concurrencia diaria era de 20 á 25,000, y la del gran mercado de 40 á 50,000, como dice Cortés.